Juan Diego Incardona

# LAS ESTRELLAS FEDERALES

INTERZONA

Juan Diego Incardona

# LAS ESTRELLAS FEDERALES

Ilustrado por Ariel López V.

INTERZONA

INTERZONA

Incardona, Juan Diego
Las estrellas federales / Juan Diego Incardona. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Interzona Editora, 2016.
112 p. ; 21 x 13 cm.

ISBN 978-987-3874-35-2

1. Literatura Argentina. 2. Argentina. 3. Narrativa Argentina Contemporánea. I. Título.
CDD A863

© Juan Diego Incardona, 2016

© interZona editora, 2016
Pasaje Rivarola 115
(1015) Buenos Aires, Argentina
www.interzonaeditora.com
info@interzonaeditora.com

Coordinación editorial: Victoria Villalba
Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra
Composición de interior: Silvia Garrido
Ilustraciones de tapa y de interiores: Ariel López V.
Composición de tapa: Victoria Villalba
Corrección: Bettina Villar

ISBN 978-987-3874-35-2

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

## Universo de Villa Celina

Este libro es una continuación, o más bien una ramificación –no la única–, ¿y el final?, de la novela *El campito*, publicada por primera vez en 2009. A su vez, *El campito* es una continuación, o más bien otro cuento –un cuento largo– de *Villa Celina* (2008), saga a la que también pertenece *Rock Barrial* (2010). *El campito* y *Las estrellas federales* comienzan en 1989, en tanto *Villa Celina* y *Rock Barrial* lo hacen en 1982. Los cuatro libros comparten una geografía, un mismo narrador y varios personajes basados, en algunos casos, en personas reales y, en otros, en personajes literarios de la tradición, de Arlt, Marechal, Oesterheld, entre otros.

## Personajes

Salvo, el Hombre Regenerativo (¡se corta un dedo, se corta una oreja, se corta la lengua y vuelve a crecerle!); Mano, el Presentador del circo (sus miembros superiores parecen calamares, toca una guitarra de treinta cuerdas; influencia a las primeras bandas del rock barrial); Tita, la Cuidadora de los Monos (conjuga las oraciones en tiempos remotos; colecciona anillos); Aldo, el Enano Gigante (nació con enanismo pero ahora mide más de dos metros); la Mujer Lagartija (deseada por todos desde la escuela); los Infracaballos (equinos del tamaño de hormigas que viven en una mesita de luz); el León Durmiente (encerrado en una jaula, sueña que la provincia de Buenos Aires es una sabana africana); el Enorme Escarabajo (más fuerte que un toro, come meteoritos); los trapecistas (Pájaro 1, Pájaro 2, Pájaro 3, Pájaro 4); los payasos (Payá, Pacá, Patrá, Padelante, Pauncostado); el Hombre Bala (fue balín a los dos años, convirtiéndose en el ser humano más joven que se haya disparado de un cañón); el Petiso Orejudo (¡incendia casas, mata niños y tortura animales!); el Soldado de la Independencia (¡peleó con Güemes, peleó con Belgrano, peleó con San Martín!); el Enfermo de fiebre amarilla (¡vuela de temperatura, vomita bilis y escupe sangre desde la presidencia de Sarmiento!).

# PRÓLOGO

## Fundación mítica de Villa Celina

En sus tierras, corre sangre; en sus aguas, flotan libros de todas partes del mundo, no en un mar, no en un lago, sino en las aguas residuales que arroja la fábrica química a la zanja de la calle Martín Ugarte, donde pongo tapitas de vino después de una tormenta para jugar carreras imaginarias entre Tom Sawyer y Huckleberry Finn hasta la General Paz. En las orillas, habitan italianos del sur, gallegos, bolivianos, paraguayos, gitanos, peruanos, gente con procedencias y acentos diferentes, pero muchas cosas en común: la primera, la calle, que en un barrio del conurbano es como un patio; la segunda, el trabajo, en las fábricas de plástico, metalúrgicas, químicas, textiles, que están en el mismo barrio o en otros vecinos del cordón fabril; la tercera, la pérdida de ese trabajo: corren los años noventa.

En el universo de Villa Celina (*Villa Celina*, *El campito*, *Rock barrial*, *Las estrellas federales*), aparece el mundo del trabajo, el mundo del obrero. Sobre todo porque varios relatos transcurren en la década recién mencionada, las distintas peripecias y situaciones están relacionadas con el desocupado. Mi padre fue tornero metalúrgico y de fábricas de plástico durante muchos años, y al igual que otros vecinos de este cordón suburbano, perdió el trabajo con el cierre de las fábricas, algo que angustió a muchos y que resultó incluso en varios suicidios. Muchas muertes fueron producto de ahorcamientos.

En la literatura argentina, existen muchas obras que tematizan el trabajo, y también, como en el *universo* de *Villa Celina*, la pérdida de *ese* trabajo. Pienso en Erdosain, en la serie de Arlt *Los siete locos* y

*Los lanzallamas*. Este gran relato arltiano se funda en la pérdida del trabajo porque empieza con un despido. Erdosain comete un delito, roba; ya prefigura al criminal que se va a desarrollar después junto a esa cofradía delirante conducida por el Astrólogo. Erdosain empieza un recorrido que desemboca en su propia destrucción, en el suicidio. En este caso no es un ahorcamiento, sino que él se pega un tiro arriba de un tren.

También pienso en *Juan Moreira* de Eduardo Gutiérrez. Porque Juan Moreira era un gaucho muy trabajador que sufre las consecuencias de la corrupción de su comunidad, de un comisario de la zona que está interesado en su mujer y que es un tipo que le debe plata. Duelo de por medio, Juan Moreira pierde el trabajo. Me gusta pensar en este caso porque Juan Moreira era del partido de La Matanza, incluso el verdadero gaucho, no solamente el que imagina Gutiérrez. Allí también percibo una afinidad con esos obreros de la década del noventa que empiezan a vivir determinadas peripecias. El mundo del desocupado puede tener diferentes destinos.

En esta lista, podríamos incluir el cuento "Juan Florido, padre e hijo, minervistas", de Ezequiel Martínez Estrada, donde se retrata un mundo de obreros marginales, de una comunidad que no tiene acceso al trabajo y que vive en la mugre. Los pobres no están retratados piadosamente como en la literatura de Boedo, sino más cerca de Arlt. Los habitantes del Palacio Bisiesto me recuerdan, de algún modo, a los obreros y a los hijos de los obreros que años después, ya casi llegando al 2001, vivían en esas comunidades del conurbano un cambio de códigos. Cambiaban las drogas, cambiaban los comportamientos. El ladrón del barrio, que era un tipo integrado a la comunidad, generalmente en Villa Celina piratas del asfalto –que pegaban un golpe en una ruta y si les iba bien repartían jamones y quesos entre los vecinos–, cambiaba por el ladrón que robaba en el mismo barrio, que antes no existía. Empiezan a robar en el quiosco de la esquina, o al remisero.

En el cuento de Martínez Estrada, en el Palacio Bisiesto, donde también los pobres están retratados no bondadosamente sino como inmorales, como tipos que ya no tienen ley, se derrumba una estructura, se derrumba una estructura del trabajo. Adolfo Prieto dijo que Martínez Estrada era un autor kafkiano, que sus atmósferas, sus ambientes, eran similares a los de Kafka. Leyendo los cuentos de Martínez Estrada noto que quizás las causas de esas metamorfosis como las que vivió Gregor Samsa en el cuento de Kafka están motivadas no tanto por crisis existenciales, sino, en la versión local del género, por cuestiones mucho más concretas: la pérdida del trabajo y luego la pobreza, la marginalidad. Sí se repite en cierta medida el procedimiento de animalización; los protagonistas –la familia Florido– no se convierten en cucarachas, pero se los compara muchas veces con ratas, con insectos. Incluso en un momento, al ver un caballo que tira de un carro, como un caballo de carro de botellero, los protagonistas, que sufren de cefaleas, se ponen a observarlo y creen que los caballos también sufren de cefaleas, ven ahí como una hermandad con el animal. Quizás ese caballo también había sufrido una metamorfosis similar a la de Kafka, pero a diferencia de Gregor Samsa, no había podido fugarse de la famosa alienación del mundo del trabajo. La metamorfosis kafkiana argentina en el cuento de Martínez Estrada no es fuga sino que deviene en más trabajo: el caballo que sigue tirando de los carros.

Como muchos cuentos de Villa Celina transcurren en los noventa, pre-2001, creo que allí está la explicación de por qué los relatos rompen con el realismo y se convierten en historias fantásticas donde aparecen fantasmas, monstruos y mutantes. Toda la época es una gran metamorfosis. El realismo se vuelve conjetural, se empieza a contaminar, y aparece, como diría Matamoro, la figura del fantasma. Una figura que, por la inmovilidad de la pérdida del trabajo, de la decadencia, de la usura, del desgaste, provoca conciencias diferentes de ese mundo que ya no se reconoce, el mundo que se habitaba, que era contenido por las instituciones del barrio: la sociedad

de fomento, el club, la parroquia. Esas instituciones se empiezan a enrejar, absorben el famoso drama de la inseguridad, que es un sentimiento que se vivía en el centro, pero que también pasa en un momento a la periferia.

Igual que en la crisis del treinta, con su literatura de fantasmas posterior que explica Matamoro –Sicardi, Chiáppori, cierto Horacio Quiroga–, también la crisis del 2001 desemboca en la ruina, donde todo se vuelve conjetural, y por eso es natural buscar, antes que nada, la identidad. También los ensayistas posteriores a la década del treinta, Mallea, Martínez Estrada, Scalabrini Ortiz, Carlos Astrada, que buscaban la identidad nacional, pero por fuera de la historia, que estaba paralizada, que había sufrido una crisis. Buscaban la identidad nacional en el mito. Esos ensayos tienen algo de fantasmal. Buscar la identidad nacional en el mito, en el origen de la Pampa, en las características del gaucho o algún otro arquetipo de nuestro folklore, tiene algo de fantasmal, algo de espectral, que estaba antes y que de pronto vuelve.

En los relatos de Villa Celina, los desocupados empezaron a ingresar en atmósferas fantásticas. Los obreros que no se suicidaron, o los hijos de los obreros, guitarra del rock barrial al hombro, empiezan a dialogar con fantasmas, con ese pasado que vuelve. Los barrios en los relatos sufren metamorfosis y adquieren formas de bustos de próceres peronistas, así como Ciudad Evita, que mirada desde arriba se descubre como la cabeza de Evita con su clásico rodete. Los personajes que cruzan el campito también se vuelven mutantes. El obrero desocupado se corta el dedo y le vuelve a crecer. ¿Qué está pasando? Se corta la oreja y le vuelve a crecer. Se corta la lengua y le vuelve a crecer. En los alrededores del Mercado Central, hombres gatos, lobizones, luces malas, criaturas más ligadas al universo rural que al universo de la ciudad. Es como si en la decadencia –y eso puede rastrearse en ficciones y ensayos posteriores a la década del treinta– uno volviera al origen de los tiempos, a la fundación en este caso mítica del barrio, que es anterior a los monoblocks y a las

casas italianas con el porche en la entrada, o a la casa californiana que pinta Daniel Santoro en su "mundo peronista".

Estamos en el partido de La Matanza; esos espectros son figuras del peronismo. Hombres o animales. El modelo es Marechal: el gliptodonte del Adán cuando los excursionistas de Saavedra, que en realidad están parodiando a los personajes del grupo Martín Fierro –Borges, Xul Solar, etcétera–, discuten sobre el origen de la Pampa. Otra vez, siempre el mito. Hay una escena donde ellos, que creen que la Pampa viene del mar, se encuentran con un gliptodonte que habla; este animal prehistórico los corrige y les dice que en realidad la Pampa tiene un origen eólico, algo mucho más etéreo: que era una cordillera que sufrió una erosión, es decir que se derrumbó, que perdió algo, su estructura.

Pasó el tiempo y otra vez aparecieron gliptodontes, en "las calles muertas", en "el campito", en "la última esquina", con la facultad del habla para devolverles la identidad, a través del mito peronista en este caso, por fuera de la historia, a los obreros que se quedaron sin trabajo. En ese mundo, intuyo, es el arte y no la ciencia el mecanismo de acceso a lo sobrenatural. Y el que puede ver lo sobrenatural en esa comunidad es un alma sensible. Esto me remite al rock barrial, algo que despierta tanto prejuicio, que generalmente es considerado "lo peor del rock and roll", "son todas letras malas, drogas, alcohol y todos hechos mierda"; pero el pibe de flequillo recto, de pañuelito en el cuello, de jardinero, se vuelve una especie de genio, un loco visionario frente a su propia comunidad que está en ruinas.

Y sus ritmos, sus letras, ven lo que los demás no pueden ver. El borracho Carlitos, en la novela *El campito*; el loco Tino, en *Villa Celina*; la curandera La Porota, en los tres libros; se vuelven médiums, como si fueran una especie de médium entre la realidad de la historia que está paralizada y la dimensión del mito y la mitología peronista. Y estos médiums, que están poseídos, que son fantasmas que se reencarnan, se vuelven ajenos a la muerte porque en realidad ya han muerto.

Es decir, está el obrero que pierde el trabajo, enferma y muere. Se ahorca, supongamos. Pero también están los sobrevivientes que, al resistir la epidemia y el cierre de las fábricas, crean anticuerpos y se regeneran: se cortan un dedo y les vuelve a crecer. Se cortan la lengua y les vuelve a crecer. Y los reencarnados se preguntan: ¿quiénes éramos nosotros que somos unos y que somos otros, que estamos poseídos? ¿Quiénes son los que nos poseen, estos espíritus que de algún modo nos dan propiedades mágicas para regenerarnos?

La historia se vuelve conjetural; estamos en las ruinas, las fábricas se cerraron, las instituciones se enrejaron, los campitos también se transformaron, los basurales crecen y es como un mundo posapocalíptico.

Recuerdo Villa Celina. Todos esos tipos que están poseídos o reencarnados ya no son uno solo, son muchos. Viene toda una legión de demonios peronistas que los poseen, son plurales, y están multiplicados por los fantasmas. Una historia que son muchas historias y con finales divergentes. El tornero que maneja un remís, el patrón de la pyme que se pone un quiosco, el obrero que junta cartón, el que se hizo vendedor ambulante y ofrece peines y biromes en los trenes y colectivos. Mutantes. Borgeanamente, también es un jardín de senderos que se bifurcan y que conducen no a una sola meta, sino que también, en este caso, tejen un laberinto. Es un laberinto proletario, como el Barrio Piedrabuena, Lugano 1 y 2, Fuerte Apache y La Salada.

# CAPÍTULO 1

## Ectoplasma

*¿Qué impresiones ha de dejar en el habitante de la República Argentina, el simple acto de clavar los ojos en el horizonte, y ver..., no ver nada; porque cuanto más hunde los ojos en aquel horizonte incierto, vaporoso, indefinido, más se le aleja, más lo fascina, lo confunde y lo sume en la contemplación y la duda? ¿Dónde termina aquel mundo que quiere en vano penetrar? ¡No lo sabe! ¿Qué hay más allá de lo que ve? ¡La soledad, el peligro, el salvaje, la muerte! He aquí ya la poesía: el hombre que se mueve en estas escenas, se siente asaltado de temores e incertidumbres fantásticas, de sueños que le preocupan despierto.*

Domingo Faustino Sarmiento, *Facundo*

El fenómeno se produjo en 1989 sobre el sector sudoeste del conurbano, desde Villa Madero hasta Puente La Noria y aledaños. Desde mediados de septiembre, los días fueron calcados durante tres meses: por las mañanas, cielo nublado; entre la una y las tres de la tarde, sol; entre las tres y las cuatro, nubes; entre las cuatro y las cinco menos cuarto, lluvia; entre las cinco menos cuarto y las cinco y media, sol; a partir de las cinco y media, cielo nublado otra vez hasta el día siguiente, al mediodía, cuando todo volvía a empezar.

No se sabe si las semillas ya estaban esparcidas desde antes o si el viento matancero las levantó en aquellos días, desenterrándolas del campito y de la Chacra de los Tapiales, la cuestión es que las condiciones de luz y humedad resultantes de aquel insólito clima fueron óptimas para las poinsettias que, en plaga,

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?
Podés adquirirlo en www.interzonaeditora.com y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

**interZona** es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA